



CAPÍTULO UNO

UNA OPORTUNIDAD EDUCATIVA

Habían pasado treinta minutos de la medianoche, y solo había una luz encendida en todos los hogares de la calle Sycamore Drive. En la ventana del segundo piso de la casa del doctor Robert Gordon había una sombra que se movía constantemente de un lado a otro: era su hijastro, Conner Bailey, caminando sin cesar por su habitación. Sabía desde hacía meses que iría a Europa, pero había esperado hasta la noche anterior a su partida para empacar.

Que volvieran a emitir la repetición de un programa de televisión dramático que tenía lugar en el espacio exterior no hizo nada para detener su demora. La capitana piloto que llevaba a

su tripulación lejos de una malvada raza alienígena tenía algo que hacía que él no pudiera apartar la vista de la pantalla. Pero alzar la mirada y notar que solo le quedaban siete horas antes de tener que partir hacia el aeropuerto lo obligó a apagar el televisor y concentrarse en empacar.

“Veamos”, dijo Conner en voz baja. “Estaré en Alemania tres días... así que probablemente debería llevar *doce* pares de calcetines”, asintió con confianza y lanzó una docena de ellos dentro de su maleta. “Nunca se sabe, podría haber muchos charcos en Europa”.

Conner extrajo alrededor de diez pares de ropa interior de su armario y los apoyó sobre la cama. Era más de lo que necesitaba, pero una pijamada traumatizante que terminó con una cama mojada en el kínder le había enseñado a ser siempre generoso al empacar ropa interior.

“De acuerdo, creo que tengo todo”, afirmó Conner, y contó los artículos que estaban dentro de su maleta. “Llevo siete camisetas, cuatro suéteres, mi roca de la suerte, dos bufandas, mi otra roca de la suerte, ropa interior, calcetines, pijamas, mi ficha de póker de la suerte y mi cepillo de dientes”.

Miró alrededor de su habitación, preguntándose qué más podría necesitar un chico en Europa.

“¡Oh, *pantalones!*”, dijo, agradecido de haberlo recordado. “¡Necesito pantalones!”.

Cuando agregó los artículos faltantes (y vitales) a su maleta, Conner tomó asiento en el borde de su cama y respiró hondo. Una gran sonrisa infantil apareció en su rostro. No podía evitarlo; estaba *entusiasmado!*

Cuando finalizó el año escolar anterior, la directora de



Conner, la señora Peters, lo había llamado a su oficina para ofrecerle una oportunidad muy emocionante.

–¿Estoy en problemas? –preguntó Conner cuando se sentó frente al escritorio de la señora Peters.

–Señor Bailey, ¿por qué me pregunta eso cada vez que lo cito en mi oficina? –dijo ella, mirándolo por encima de sus lentes.

–Lo siento. Supongo que es difícil deshacerse de los viejos hábitos –él se encogió de hombros.

–Lo he convocado por dos motivos –dijo la señora Peters–. Primero, me preguntaba cómo está adaptándose Alex a su nueva escuela en... ¿dónde era? ¿Vermont?

Conner tragó con dificultad y sus ojos se abrieron de par en par.

–¡Oh! –a veces se olvidaba de la mentira que su familia le había dicho a la escuela acerca de su hermana–. ¡Le está yendo *genial!* ¡Nunca ha estado más feliz!

La señora Peters se mordió el labio y asintió, casi decepcionada de oír eso.

–Eso es maravilloso, me alegro por ella –afirmó–. Aunque a veces siento el deseo egoísta de que ella regrese aquí y sea una de nuestras estudiantes otra vez. Pero su madre me contó acerca de los programas educativos que ofrecen allí, así que estoy segura de que Alex está disfrutándolos.

–¡Por supuesto que sí! –aseguró Conner, y miró hacia su izquierda para evitar hacer contacto visual–. Y Alex siempre ha *amado* los árboles... y el jarabe de arce... así que Vermont es un buen lugar para ella.

–Ya veo –asintió la señora Peters, entrecerrando los ojos–. Y está quedándose con su abuela, ¿no es así?



–Sí, todavía está con nuestra abuela... que también ama los árboles y el jarabe de arce. Es un rasgo familiar, supongo –dijo Conner, y después miró a la derecha. Por un segundo, entró en pánico cuando no pudo recordar en qué dirección solían mirar las personas cuando mentían; había visto un programa especial en la televisión al respecto.

–Entonces, envíele un saludo muy cálido de mi parte y, por favor, dígame que me visite la próxima vez que esté por aquí –pidió la señora Peters.

–¡Lo haré! –dijo Conner, aliviado de que estuvieran cambiando de tema de conversación.

–Ahora, hablemos del segundo motivo por el cual lo cité aquí hoy –la señora Peters se enderezó aún más en su asiento y deslizó un folleto sobre su escritorio–. Acabo de tener una noticia emocionante de una antigua colega mía que enseña Literatura en Frankfurt, Alemania. Aparentemente, la Universidad de Berlín ha descubierto una cápsula del tiempo que perteneció a los hermanos Grimm. Asumo que recuerda quiénes son, de mis clases en sexto curso.

–¿Está bromeando? ¡Mi abuela los conocía! –exclamó Conner.

–¿Disculpe?

Conner solo la miró un momento, mortificado por su descuido.

–Es decir... sí, por supuesto que lo recuerdo –intentó fingir–. Son los tipos que escribían cuentos de hadas, ¿cierto? Mi abuela nos leía sus historias.

–Así es –continuó la señora Peters con una sonrisa; se había acostumbrado tanto a los exabruptos de Conner tan extraños que ni siquiera cuestionó ese por un segundo–. Y



según la Universidad de Berlín, ¡han descubierto tres cuentos de hadas inéditos dentro de la cápsula!

–¡Eso es increíble! –Conner estaba genuinamente entusiasmado de oír esa noticia y sabía que su hermana también estaría encantada.

–Estoy de acuerdo –dijo la señora Peters–. Y aún mejor es que la Universidad de Berlín está organizando un gran evento para revelar esas historias. Las leerán en público por primera vez el septiembre próximo, tres semanas después del comienzo del año escolar, en el cementerio St. Matthäus-Kirchhof, donde están sepultados los hermanos Grimm.

–¡Qué bueno! –afirmó Conner–. Pero, ¿qué tiene que ver esto conmigo?

–Bueno, dado que se ha convertido en una suerte de *Grimm...*

Conner rio, nervioso, y miró de nuevo hacia la izquierda. Ella no tenía idea de cuán importante era ese cumplido para él.

–Creí que estaría interesado en el viaje que estoy organizando –la señora Peters deslizó el folleto para acercarlo aún más a Conner–. He decidido invitar a algunos alumnos como usted, alumnos que han demostrado ser apasionados por la escritura y la narración, a que se aventuren conmigo a Berlín para estar entre la multitud que escuchará los cuentos por primera vez.

Conner tomó el folleto y lo miró boquiabierto.

–¡Eso suena *genial!* –lo abrió y miró todas las atracciones que la ciudad de Berlín tenía para ofrecer–. ¿Podemos también echarles un vistazo a estos clubes nocturnos?

–Por desgracia, perder más de una semana de clase por cualquier viaje no está bien visto por el distrito escolar. Así



que me temo que nada de *clubes nocturnos*. Solo estaremos allí tres días, pero creí que esta podría ser una oportunidad que no querría perderse –respondió la señora Peters con una sonrisa confiada–. Siento que un pedacito de la historia nos está esperando.

La sonrisa de Conner se desvaneció cuando sus ojos se posaron en el final del folleto. Vio cuánto costaría ese viaje.

–Ah, es una *costosa* oportunidad educativa –dijo Conner.

–Me temo que viajar nunca es económico –asintió la señora Peters–. Pero hay muchas fundaciones escolares sobre las que puedo conseguirle información...

–¡Ah, espere! ¡No dejo de olvidar que mi mamá acaba de casarse con un médico! ¡Ya no somos pobres! –su sonrisa regresó–. Pero, un momento, ¿eso significa que *yo* todavía lo soy? Tendré que preguntárselos. Hay tantas cosas respecto a esto de ser hijastro que aún no he descifrado.

La señora Peters alzó las cejas y parpadeó dos veces, sin estar segura de qué decirle.

–Esa es una conversación que tendrá que entablar con ellos, pero el número telefónico de mi oficina está al final de ese folleto si necesita ayuda para convencerlos –dijo y le guiñó un ojo con rapidez.

–¡Gracias, señora Peters! ¿A quién más invitó?

–Solo a algunos alumnos –respondió la mujer–. He aprendido de la peor manera que llevar más de seis estudiantes a un viaje con un solo acompañante puede desencadenar una escena salida de *El señor de las moscas*.

–Entiendo –no podía quitar de su cabeza la imagen de una tribu de alumnos de sexto curso amarrando a la señora Peters a un asador y rostizándola sobre una fogata.



–Pero Bree Campbell se ha inscripto –añadió la señora Peters–. Si no me equivoco, está en la clase de Literatura de la señorita York con usted, ¿cierto?

Conner podía sentir cómo su pulso se aceleraba. Sus mejillas se enrojecieron y frunció los labios para ocultar una sonrisa.

–Ah, bien –dijo en voz baja mientras una voz en su interior gritaba: *¡Oh, cielo santo, Bree Campbell irá a Alemania! ¡Eso es maravilloso! ¡Esta es la mejor noticia del mundo!*

–Es una escritora bastante talentosa. Imagino que los dos se llevarán muy bien –afirmó la señora Peters, sin notar el incremento de las pulsaciones de Conner–. Espero que pueda unirse. Ahora, debería regresar a clase.

Conner asintió mientras se puso de pie y continuó asintiendo todo el camino de regreso a su clase de Biología. No comprendía por qué el ambiente siempre parecía volverse más cálido cada vez que veía o escuchaba a alguien mencionar a Bree Campbell. Ni siquiera estaba seguro de cómo se sentía respecto a ella; pero por la razón que fuera, Conner siempre esperaba con ansias cruzarse con la chica, y realmente deseaba que ella *gustara de él*.

No podía explicarlo, sin importar cuánto pensara al respecto. Pero una cosa era segura: *¡Conner tenía que ir a Alemania!*

Contárselo a su mamá y a su padrastro después de la escuela resultó tan bien como podría haber imaginado.

–Es realmente una gran oportunidad educativa –remarcó Conner–. Alemania es un lugar muy elegante con mucha historia, creo que una guerra ocurrió allí en algún momento... *¿Puedo ir? ¿Puedo ir?*

Charlotte y Bob estaban sentados en el sillón frente a él, mirando el folleto. Ambos acababan de regresar a casa de su



trabajo en el hospital de niños y ni siquiera habían tenido tiempo de quitarse el uniforme antes de que los atacara un Conner muy entusiasta.

–Parece un viaje genial –dijo Charlotte–. ¿Tu papá hubiera estado tan emocionado de enterarse acerca de la cápsula del tiempo de los hermanos Grimm!

–¡Lo sé, lo sé! Y por ese motivo debo ir; ¡para poder experimentarlo por todos nosotros! Por favor, ¿puedo ir? –preguntó mientras rebotaba dando saltitos. Cada vez que Conner les pedía algo se comportaba como un chihuahua hiperactivo.

Solo vacilaron un segundo, pero Conner sintió que duró una hora.

–Ah, ¡vamos! ¿Alex puede irse a vivir a otra dimensión pero yo no puedo formar parte de un viaje escolar a Alemania?

–Por supuesto que puedes ir –dijo Charlotte.

–¡Sí! –Conner alzó ambas manos en el aire.

–Pero tú tendrás que pagarlo –añadió con rapidez su madre.

Instantáneamente, las manos de Conner cayeron y su entusiasmo se desinfló como un globo aerostático pinchado.

–Tengo trece años; ¡no puedo pagar un viaje a Europa!

–Es cierto, pero desde que nos mudamos a la casa de Bob, has estado recibiendo una mensualidad por ayudar con los quehaceres, y tu cumpleaños número catorce llegará antes de que te des cuenta –respondió Charlotte mientras hacía los cálculos en su mente–. Si sumas esas dos cosas con un poco de ayuda económica de la escuela, serás capaz de costear...

–La mitad del viaje –dijo Conner. Ya había hecho cada ecuación matemática posible relacionada a cualquier escenario paterno que él creía que podía aparecer en su camino–. Entonces, podré llegar allí pero no podré regresar.



Bob miró el folleto y se encogió de hombros.

–Charlotte, ¿y si lo ayudamos un poquito? Es una oportunidad realmente grandiosa. Además, él siempre ha sido un chico maravilloso, no haría daño malcriarlo un poco.

–¡Gracias, Bob! ¡*Mamá, escucha a tu esposo!*–dijo Conner y lo señaló como si estuviera indicándole a un avión dónde aterrizar.

Charlotte pensó al respecto un momento.

–Me parece bien –cedió ella–. Si te ganas la mitad y nos demuestras que este viaje es algo que quieres de verdad, te daremos la otra mitad. ¿Tenemos un trato?

Conner se contoneó a causa de todo el entusiasmo que estaba incrementándose en su interior.

–¡*Gracias, gracias, gracias!*–exclamó él, y les estrechó la mano a ambos–. ¡*Un placer hacer negocios con ustedes!*

Y así, después de cuatro meses de ahorrar su mesada, de recibir dinero de cumpleaños y de formar parte de beneficencias escolares vendiendo dulces, productos de panadería y cuencos de arcilla horribles (de los cuales Charlotte y Bob compraron la mayor parte), Conner había ganado su mitad del viaje y estaba listo para Alemania.

Al comienzo de la semana de su partida, cuando él debería haber empezado a empacar, Bob entró en su habitación con otra sorpresa. Dejó caer una maleta muy vieja y polvorienta sobre la cama de su hijastro. Era color café y estaba cubierta de pegatinas de lugares famosos, y hacía que la habitación de Conner oliera a pies.

Bob colocó las manos sobre la cadera y observó orgulloso la maleta.

–¡Ahí la tienes!–señaló.



–¿Ahí tengo *qué*? ¿Es un ataúd?

–No, es la maleta que usé durante mi propio viaje a Europa después de la universidad –Bob le dio unas palmaditas al lateral del objeto como si fuera un perro viejo–. Hemos pasado muy buenos momentos juntos; ¡recorrimos mucho! Pensé que podrías usarla para ir a Alemania.

Conner no podía imaginar cómo sería llevarla al exterior: le sorprendió que la maleta no se hubiera deteriorado de inmediato, como una momia expuesta a los elementos después de miles de años.

–No sé qué decir, Bob –exclamó, ocultando sus reservas debajo de una sonrisa falsa. No podía negarse después de que él lo había ayudado a que el viaje se hiciera realidad.

–No es necesario que me agradezcas –dijo Bob, aunque decir gracias era lo último que Conner tenía en mente–. Solo hazme un favor y consigue una pegatina para ella.

–¿Es mujer?

–Ah, sí, se llama Betsy –respondió él mientras salía de la habitación de su hijastro–. ¡Disfrútala! Ah, por poco lo olvido, su traba izquierda necesita que la empujen fuerte para cerrarse. Solo hazlo con fuerza y estarás bien.

Al final de la semana, Conner descubrió exactamente a lo que se refería Bob mientras luchaba por cerrar la maleta con el nuevo agregado de los pantalones. Después de tres buenos empujones que por poco lo hacen caer de espaldas, se rindió ante Betsy.

“Está bien, quizás sean suficientes solo seis pares de calcetines, cuatro camisetas, cinco pares de ropa interior, dos suéteres, pijamas, mi ficha de póker de la suerte, el cepillo de dientes y *una* roca de la suerte”, dijo Conner. Quitó los artículos sobrantes de la maleta y terminó de empacar.



Estaba atrasado para ir a dormir, pero quería permanecer despierto lo máximo posible. Pensar en el viaje a Alemania había sido una manera maravillosa de ignorar los otros pensamientos que había tenido últimamente. Mientras miraba alrededor de su cuarto y escuchaba el silencio absoluto de la casa, Conner no pudo resistirse a la soledad que había estado reprimiendo. Algo le faltaba en su vida... *Su hermana.*

Abrió la ventana de su habitación para romper el silencio que lo rodeaba. La calle Sycamore Drive estaba igual de silenciosa que la casa y no lo consoló demasiado.

Alzó la vista hacia las estrellas del cielo nocturno. Se preguntó si Alex podía ver las mismas estrellas desde donde fuera que estaba. Quizás la Tierra de las Historias era una de las estrellas que él estaba mirando, pero que aún no había sido explorada. ¿No sería eso un descubrimiento inspirador? ¿Qué él y su hermana solo estaban separados por años luz y no por dimensiones?

Cuando Conner ya no pudo soportar más la soledad, se preguntó: *¿estará despierta?*

Se escabulló al piso de abajo e ingresó a la sala. En una pared, solo había un gran espejo dorado. Era el espejo que su abuela les había dado la última vez que estuvieron juntos: era el único objeto que les permitía a los mellizos comunicarse entre los mundos.

Conner tocó el marco dorado y este comenzó a centellear y a brillar. Solo resplandecería por unos minutos hasta que Alex apareciera en el espejo, o regresaría a su tono habitual si ella no lo hacía; y esa noche, ella no apareció.

“Debe estar ocupada”, se dijo Conner en voz baja. “Siempre está tan ocupada”.



Cuando llegó a casa de su última aventura en el mundo de los cuentos de hadas, Conner hablaba con su hermana a través del espejo todos los días durante algunas horas. Ella le contaba acerca de las lecciones que su abuela le enseñaba y de la magia que estaba aprendiendo a utilizar. Él le contaba acerca de sus días en la escuela y de todo lo que le habían enseñado, pero las historias de Alex siempre eran mucho más interesantes.

Por desgracia, a medida que su hermana se involucró más y más con el mundo de los cuentos de hadas, las conversaciones diarias de los mellizos ocurrían cada vez con menor frecuencia. A veces, pasaba más de una semana antes de que hablaran. En ocasiones Conner se preguntaba si Alex siquiera lo necesitaba ya. Él siempre había sabido que un día ellos crecerían y llevarían vidas separadas, solo que nunca imaginó que sucedería tan pronto.

Conner tocó el espejo una vez más y esperó, deseando que su hermana llegara. No quería partir hacia Alemania antes de tener la oportunidad de hablar con ella.

–Supongo que tendré que contarle del viaje cuando regrese –dijo Conner y se dirigió a la cama.

Justo cuando llegó a la escalera, oyó una voz baja detrás de él que decía:

–¿Conner? ¿Estás ahí?

Regresó corriendo hacia el espejo y su corazón dio un vuelco. Su hermana estaba reflejada de pie ante él. Alex llevaba una diadema de claveles blancos en el cabello y un vestido resplandeciente del color del cielo. Parecía alegre, pero Conner podía notar que estaba cansada.

–¡Hola, Alex! ¿Cómo estás? –preguntó.



–Estoy fantástica –respondió Alex con una gran sonrisa. Sabía que ella estaba igual de entusiasmada de verlo que él a ella-. ¿Qué haces despierto tan tarde?

–No podía dormir –dijo Conner-. Supongo que estoy demasiado entusiasmado.

Alex frunció la frente.

–¿Por qué estás entusiasmado? –antes de que Conner pudiera decir algo, Alex había respondido su propia pregunta-. ¡Ah, mañana viajas a Alemania!, ¡¿cierto?!

–Sí. Mejor dicho, hoy, más tarde. Es súper tarde aquí.

–¡Lo olvidé por completo! ¡Lo siento tanto! –dijo Alex, decepcionada de sí misma por haber permitido que se le olvidara.

–No hay problema –respondió él. No podía importarle menos: solo estaba feliz de verla.

–He estado tan ocupada con las clases de magia y preparándome para este estúpido Baile Inaugural de las Hadas –dijo Alex. Se frotó los ojos-. ¡Incluso olvidé nuestro cumpleaños! ¿No es una locura? ¡La Abuela y Mamá Gansa hicieron un pastel y tuve que preguntarles para qué era!

Fue el turno de Conner de fruncir la frente.

–¿Baile Inaugural de las Hadas? ¿Qué es eso?

–Es una gran fiesta que organiza el Consejo de las Hadas para celebrar que me uno a ellos –explicó ella como si no tuviera importancia.

–¡Eso es maravilloso, Alex! –exclamó Conner-. ¿Ya estás uniéndote al Consejo de las Hadas? ¡Debes ser el hada más joven en convertirse en miembro!

Una sonrisa orgullosa y entusiasta apareció en el rostro de la chica.



–Sí. La abuela cree que estoy lista. Aunque no sé si estoy de acuerdo con ella; todavía tengo mucho por aprender...

–Ya sabes cuán protectora es la abuela. Protegería al océano de una gota –dijo Conner–. ¡Si ella cree que estás lista, es porque debes estarlo!

–Supongo –asintió Alex, todavía dudando de sí misma–. Es solo que es mucha responsabilidad. Ser parte del consejo significa que soy automáticamente miembro de la Asamblea del Felices por Siempre, lo que implica que tengo que contribuir en muchísimas decisiones, lo que a su vez significa que muchas personas y criaturas me tomarán como guía...

–Ya no habría una Asamblea del Felices por Siempre si no fuera por ti –le recordó Conner–. Todo ese mundo está en deuda eterna contigo después de que derrotaste a la Hechicera. Yo no me preocuparía.

Alex lo miró a los ojos y sonrió.

–Gracias, Conner –el apoyo de su hermano siempre significaba más para ella que el de cualquier otra persona.

–Por cierto, ¿cómo está la abuela? –preguntó él.

–Está bien. Los extraña muchísimo a ti y a mamá; casi tanto como yo. Me ha enseñado muchísimo durante los últimos meses. De verdad, Conner, estarías tan impresionado con algunas de las cosas que puedo hacer ahora.

–Alex, me has impresionado desde que estábamos en el vientre –rio Conner–. Estoy seguro de que tu parte del útero era mucho más meticulosa y organizada que la mía.

Ella rio en voz alta en contra de su voluntad: extrañaba el sentido del humor de su hermano, pero aun así no quería alentarlos.

–¿En serio, Conner? ¿Una broma sobre el útero? Vamos.



Tienes suerte de que mamá no esté despierta para oírte. ¿Ella está bien? Siempre está muy feliz cuando habla conmigo, pero ambos sabemos lo buena que es fingiendo.

–De hecho, está bien –asintió Conner–. Te extraña, pero solo la he visto llorando con una foto de los tres juntos una o dos veces desde que regresamos. Bob la hace realmente feliz. Por poco he olvidado cómo era verla tan contenta todo el tiempo; es como si papá estuviera aquí de nuevo.

–Me alegra mucho escuchar eso –dijo Alex–. Papá habría estado tan entusiasmado por tu viaje a Alemania. Probablemente, él iría contigo si estuviera vivo... Desearía poder ir.

Conner miró el reloj.

–Hablando de eso, será mejor que me acueste pronto. Parto hacia el aeropuerto en unas tres horas.

El rostro de Alex perdió la sonrisa.

–Oh, qué pena. Te he extrañado tanto... Ha sido genial ponernos al día –dijo ella–. Es solo que he estado tan ocupada. A veces pasa una semana entera y siento que solo fueron uno o dos días.

–Pero aún eres feliz, ¿cierto? –él la miró con una ceja en alto. Conner sabría si ella le mentía.

–Em... –Alex pensó en todas sus clases, todas sus tareas, y, a pesar de lo abrumada y cansada que estaba, le dijo la verdad–. Honestamente... *¡nunca he sido más feliz!* ¡Me levanto cada mañana con una sonrisa en el rostro, porque vivir aquí es como despertarse de un sueño que nunca termina!

Los mellizos compartieron una sonrisa: los dos sabían que esa era la verdad. Conner sabía que, por muy difícil que fuera estar sin ella, Alex se encontraba en el lugar al que pertenecía y que estaba pasándola maravillosamente.



-Desearía que hubiera una forma de llevarte a Alemania conmigo -dijo Conner.

-¡Yo también! -concordó Alex-. Pero dudo que haya una historia escrita por los hermanos Grimm sobre la que no hayamos oído a papá o a la abuela hablar o... *espera un segundo...* -los ojos de la chica se posaron en la parte inferior del espejo-.
¿El lateral derecho del marco de tu espejo está suelto?

Conner inspeccionó la esquina del objeto.

-Nop... Pero, espera, creo que el izquierdo sí.

-¿Puedes jalar de él con cuidado y dejar descubierta la esquina del vidrio? -preguntó Alex mientras ella hacía lo mismo de su lado.

-¡Listo! -dijo Conner.

-¡Ah, bien! Ahora, ¿puedes quebrar con cuidado un trozo sin romper...?

¡*Clink!* Conner alzó un trozo de vidrio más grande que la palma de su mano.

-¿Así?

¡*Clink!* Alex rompió una parte de su propio espejo; era más pequeño y más delicado que el de su hermano, pero ninguno comentó nada al respecto.

-¡Perfecto! ¡Ahora, mira a través de él! -Alex bajó la mirada hacia su fragmento.

Conner observó el pequeño trozo de espejo que tenía en la mano y vio el rostro de su hermana mirándolo.

-¡Maravilloso! -dijo, riéndose-. ¡Ahora puedo tenerte en el bolsillo todo el tiempo! ¡Es como un video chat!

-¡Fantástico! -exclamó Alex-. ¡Siempre he querido visitar Europa! Ahora, ve a descansar un poco: no querrás estar exhausto antes de llegar a Alemania.



–Está bien. Buenas noches, Alex –dijo Conner–. ¡Te llamaré o, eh, mejor dicho te *reflejaré*, tan pronto como baje del avión!

–Lo espero con ansias –respondió ella, muy contenta de formar parte del viaje de su hermano–. ¡Te quiero, Conner!

–Yo también te quiero, Alex –se despidió él. Y con esas palabras, los mellizos desaparecieron de sus respectivos espejos y regresaron a sus vidas separadas.

Conner subió la escalera y colocó su trozo de vidrio con cuidado dentro de la maleta cubierta de pegatinas. Se recostó en la cama y cerró los ojos con fuerza, pero no podía quedarse dormido: haber visto a su hermana lo había vigorizado completamente, lo que causó que todo el entusiasmo por el día próximo regresara con rapidez.

Se rio de sí mismo mientras yacía allí.

“He montado un ganso mágico, escalado un tallo de frijol gigante, nadado hacia una cueva submarina encantada sobre el caparazón de una tortuga y navegado en un barco volador a través de los cielos de otra dimensión...”, enumeró Conner para sus adentros. “Pero ¡estoy entusiasmado por *subir a un avión mañana!* Ah, cielos...”.

